

—*¿Cómo conviven en su trabajo la pintura y la literatura? ¿Cómo se armonizan? ¿Qué los separa?*

—Es bueno recordar que la alinderación de las artes no deja de ser arbitraria. En el fondo no pasa de ser un recurso didáctico. Las artes están más saturadas de lo que imaginamos. Hay momentos en que la arquitectura es música y la pintura es arquitectura. Además la poesía, como siempre, lo rige todo. Cualquier acto creativo tiene que ser regido, íntimamente controlado, por la poesía. Es su condición fundamental. Ella, la poesía, es el enlace secreto de todas las artes. ¿Podemos imaginar una catedral, una sinfonía o una escultura sin la esencia vatídica? Sería imposible. Prácticamente nacería muerta. Partiendo de esta base, no he encontrado ninguna dificultad en suturar mis elementos expresivos. A la hora de la verdad, obedecen a un mismo ritmo, se influyen mutuamente al comunicarse. La pintura, para aclararme un poco, me ha dado una conciencia artesanal que procuro llevar a sus últimas consecuencias. Y me ha enseñado la humildad, la buena humildad. La que nos obliga a atenernos a la maceración y al pulimento de nuestras facultades. La artesanía —entendida como constancia familiar con la materia, como oportunidad física de laborar con los propios enigmas— es un punto de partida que nunca te defrauda. Podrás extenuarte o fracasar en uno o varios intentos. Pero de todo ello te ha de quedar una experiencia siempre rica. Nunca se fracasa, después de todo. Por eso hay que analizar, con igual severidad, indiscutibles derrotas y discutibles victorias. Cada una atesora una lección. Lo que interesa es acercarnos, lúcida, metódicamente, al lugar en que brota nuestro deseo comunicante. La verdadera alegría, la que queremos compartir con el resto de los hombres, radica en ser fieles a ese llamado. En la ejecución de la tarea, en su indeficiente ejecución, es donde nos realizamos. Lo otro, son metas más o menos alcanzadas, más o menos decepcionantes. Alguien dijo que, sabiéndonos lejos de la perfección, no nos preocupemos, pues no la alcanzaremos jamás.

—*¿Qué opina de la pintura latinoamericana actual?*

—Los grandes nombres —Tamayo, Obregón, Guayasamín, Matta— ya rindieron su jornada. Hagan lo que hicieron, ya alcanzaron su techo expresivo. Ahora viven de las rentas (o de los rescoldos) de su imaginación. Eso es explicable y humano. Incluso indispensable para el necesario relevo. Imperativamente, tenemos que asistir a la incursión de las nuevas falanges pictóricas. Especialmente las integradas por los herederos de Pollok y Dubuff-

fet, en el área del «arte bruto» norteamericano. Del otro lado, los afiliados a la corriente inglesa de Bacon, el moderno tenebrista. Todo esto parece obedecer a un violento, a veces protestativo, reencuentro con la realidad. Se pretende (estamos enfocando algo inmediato y vivo, siempre cambiante, susceptible de engañar y engañarse. Por eso se requiere aquí más del husmeo y el palpito que de la crítica) aprovechar la violencia expresionista y el rigor (y el secreto albedrío) del abstraccionismo. También un verismo mágico, paralelo al de la nueva ficción, se hace patente en las últimas búsquedas del arte *pop* y del arte *naïf*. Como hasta ahora no han prosperado en América Latina los sistemas de pensamiento —me refiero a disciplinas cogitativas, a cierto tendencioso rigor a pensar el mundo económico, matemática o filosóficamente que, a lo mejor, podrían sernos ajenos a lo que, en esencia, perseguimos como conjunto o simplemente innecesarios ante nuevos (tal vez más fecundos) e ineludibles planteamientos—, se espera que sea en la plástica (en la que incluyo novela, cine, arquitectura, urbanismo) donde, al margen de escuelas, recetas y mercados, alcance a aflorar la esencia creadora de nuestro continente.

—*Picasso*.

—Alguien llamó a Picasso (pero también lo han hecho con Einstein y Chaplin y con Joyce) nuestro contemporáneo capital. Para mí, es el primer gran pintor de la América nueva, el que nos insufló una respiración atlántica. Por eso fue un insaciable saqueador. No se detuvo ante nada. Junto con la dichosa lumbre mediterránea engulló amuletos y máscaras tribales y se puso, bocarriba, a aplaudir con los pies en el atrio carcomido del Partenón. Era un ogro y lo sabía. Por eso no ocultó las dimensiones de su apetito. Fue tan descarado y obsceno que podríamos resultar (ya vemos que a cualquiera le ocurre) interminables al hablar de él. Pues es, también, el último de los altamiranos. El que pintaba primero el bisonte o el ciervo para tenerlos mágicamente cobrados antes de cazarlos como piezas. Es, pues, un pintor arcaico y el abanderado de la escuela de París. Y, además, un compendio. No hay sector estético que no haya fecundado. Era un toro padre, un semental violento y oscuro, lleno de celo. Además, y a su manera, era un amoroso. Cuentan que no había trocito de madera o de piedra, que llamara su atención en sus paseos, que no se llevara a su taller, a su cubil, en este caso a su nido. Era también una urraca. Picasso es insoportable por no podersele abarcar. O terminamos con él haciéndonos los desentendidos o corremos el riesgo, siempre, siempre, de llover sobre mojado.

El periodo Cartagena

—¿*Qué ha sido Cartagena para usted, para su obra?*

—Cartagena, me refiero a su parte histórica, me ha hechizado siempre. Le dedico en *Celia se pudre* un sector de gran protagonismo. Fue el orgullo de un imperio y eso no se borra. Queda allí, en sus balcones y sus muros, en su habitante. Es también una ciudad que navega. Muchas veces al día el mar la embiste y zarandea. Huele a cangrejo y heliotropo. Su apasionada inmóvil-movilidad es igual a la de la pantera replegada para saltar y destruir. En su encogimiento se encierra toda la elasticidad y el peligro del salto. Sus muros sudan con la pasión y la dulzura de las rosas. Está viva y nos contempla (nos perdona) con la arrogancia de quien, siendo moldeado por la muerte, ha convertido su decrepitud en victoria sobre la muerte. Por eso, desafortunadamente, es también la presa más apetecida del turismo.

—*Hablando de López, ¿usted cree que el poder de avivar la esperanza es indispensable a toda gran poesía?*

—Toda verdadera poesía, aún la más aparentemente desolada y amarga, termina por conducirnos a la esperanza. Atravesar las tinieblas puede ser la forma más activa de encontrar la luz y merecerla. Me refiero a esa porción de luz que estamos en capacidad de alcanzar, y muchas veces reconocer, como seres necesitados del consuelo y la compañía de la palabra.

—*En Cartagena conviven un tiempo usted, Clemente Manuel Zabala, Gustavo Ibarra y Gabriel García Márquez. Al margen de recientes mitomanías sobre grupos y capillas aparecidos en Colombia, ese es, por méritos muy propios, un período valioso no sólo para la literatura sino para la cultura costeña y colombiana. ¿Cómo fue esa relación?*

—Yo diría que fue una relación entrañable. Nos veíamos diariamente, comentábamos lecturas comunes, paseábamos. Zabala, a quien cariñosa y respetuosamente llamábamos el maestro, fue una especie de aglutinante. Era un hombre-lámpara. De esos que, aun permaneciendo en silencio, siguen iluminando. Era parco. Se dejaba oír de vez en cuando. Era, más que un hombre culto, un periodista de la cultura. En este punto, se mantenía minuciosamente informado. Gustavo Ibarra fue nuestro joven maestro. Sin lugar a dudas, fue una de las cifras más cultas de nuestra generación. Pero

esa cultura tenía el don de ser irradiante, de operar fraternalmente. Para mí, su amistad fue un hecho providencial.

—¿Cómo lo recuerda?

—Zabala, por sobre todos sus otros atributos, fue un grande amigo. Aquel con quien contabas para todo lo esencial en tu vida: para escuchar a unos cumbiamberos, para preparar un plato regional, para tomarte unos tragos, para deleitarte con un trozo de literatura. Mantenía sus sentidos alertas y carecía de prejuicios alinderantes. Estaba vivo y por eso no rebasó nunca la verdadera juventud. Y eso es muy difícil. La mayoría de las existencias trabajan a medio vapor. Están únicamente capacitadas para ir a una determinada hora del día a un determinado sitio de la ciudad para usar una determinada parte de su alma. Era, en el más hondo sentido de la palabra, un hombre libre. Por eso su tránsito es inolvidable.

—*Allí en Cartagena se inicia, en notas de prensa, el desembrujamiento de la realidad costeña, de su esencia. Notas sobre las guerras civiles, el tedio, la muerte, los mitos. En fin, un periodismo visionario y en mi opinión sin igual en mucho tiempo.*

—Buscábamos las claves de nuestra realidad. Yo recuerdo algunas notas sobre veteranos de la guerra civil de los mil días que hice entonces. Mi infancia estuvo llena de caballos y batallas. Mi tío Eneas fue el responsable. Había hecho, como capitán, la campaña de la costa atlántica con Uribe. Este general era el mito hogareño. Su retrato estaba allí, en la parte más visible de la sala. También el de Gaitán Obeso. Los relatos de esas experiencias de mi tío, que entonces era un joven de 19 años, me hicieron descubrir una parte de esa realidad: que yo, herencialmente, era el nieto de ese tema y que la guerra civil condensaba una serie de cosas: el lujoso pero endémico desgaste de la energía nacional; la búsqueda de un sosiego comunal, hasta entonces inalcanzable por la vía parlamentaria y oposicionista; el oleaje de varias generaciones sacrificadas como secuela de la guerra independentista, de la guerra grande. A través de las evocaciones del tío Eneas sentía bullir el país, su profunda desesperanza, la angustia por no haber encontrado, ni tenerlos a la vista, sus rumbos definitivos. Cuando tuve oportunidad me dispuse a hacer una especie de periodismo intemporal. Algo en que toda aquella desazón tuviese cabida, al tiempo que me ofrecía la oportunidad de ponerme en contacto, de compartir esos temas, con posibles lectores. Me interesaba, como le dije antes, entender la histo-

ria como un contacto somático con lo real. Con lo real de mi geografía. Saber, por ejemplo, cómo olía una alacena nuestra bajo un techo de palma y entre unas paredes de boñiga de vaca. Cómo todo el trópico se confabulaba para acelerar la madurez de una fruta o endurecer un pedazo de bollo limpio en el rincón de esa alacena. Quería desentrañar esa forma veloz, inmisericorde, en que el trópico muerde y destruye en un mismo instante. Después, en Europa, he descubierto otro tipo de olor. Es el olor de las estaciones acumuladas, de lo que envejece, en una penumbra de piedra, de lo que cuenta con mucha ternura y complicidad del tiempo para alcanzar su añejamiento. Ese periodismo que intentaba hacer estaba, pues, urgido por angustiosos interrogantes. De la forma en que se deshace el fruto pasaría a la forma en que el sudor deshace un rostro frente a nosotros. Era la forma más certera de explicarme un entorno.

—*Ustedes recibieron a Dámaso Alonso en Cartagena.*

—Dámaso Alonso llegó de pronto, precedido de su gran fama, como un embajador literario de España. Estaban frescos su rescate de Góngora y sus conferencias y lecciones sobre el siglo de oro. Pero a nosotros lo que realmente nos interesaba era su último libro de poesía, *Oscura noticia*, que entonces abanderaba el sector más penitente de la poesía española. También la riqueza de sus charlas. Pero su trato personal fue superior a todo. Zabala fue quien nos puso en contacto. Dámaso y su mujer conformaban una pareja de primer orden. Recuerdo que nos pidió una muestra de lo que hacíamos. Le llevamos los cuentos de Gabriel. Quedó impresionado por la concisión y la maestría de que ya era poseedor.

—*La relación con García Márquez fue tan profunda, hubo tal comunidad de intenciones, que usted escribe una columna sobre el poeta César Guerra Valdés, intención suya, y García Márquez la firma. ¿Cómo hicieron con ese poeta que nunca vino?*

—Era un juego, aparentemente. Necesitábamos un personaje que, al mismo tiempo que fuera un valor humano de primer orden, estuviera insuflado de cosmopolitismo. Una especie de aleación de Barba Jacob, Neruda y César Vallejo. Fue algo más que una travesura. Era la necesidad de fundir la adivinación y la síntesis. Algo en que estuviese prefigurado el futuro poético de nuestro idioma. César Guerra Valdés no tuvo, pues, necesidad de llegar. Ya se había instalado en el deseo de nuestra generación.